

nado por un adelanto que evidenció bien las buenas condiciones orgánicas y psíquicas de los chicos. Este padre, además de real, es simbólico: el símbolo de toda la antigua pedagogía.

Se quejaba una maestra de cierta niña incapaz ni de fijar la atención, ni de estar quieta mucho tiempo, ni de coordinar bien sus contracciones musculares para realizar cualquier movimiento. “Rebelde, muy rebelde” —sentenciaba la señora—. Y era un caso indudable de hipertiroidismo. Conozco la historia de un niño indisciplinado, con crisis coléricas que lo llevaban a arrastrarse violentamente por el suelo, desacatando la autoridad del profesor y que, ceñido a disciplina rigurosa, intentó un día suicidarse por estrangulación. Un psiquiatra descubrió en él la demencia precoz. Su rebeldía era francamente patológica.

En contraste con estos casos, referiré algunos en que el educador, valorando muy bien el fondo de las situaciones escolares, acopló a él su proceder, evitando así un irreparable perjuicio al niño. Y a veces, ¡qué honda es la causa! Tal es el caso que nos cuenta Zulliger, maestro en Zurich. “Después de algún tiempo, el pequeño Erwin, inteligente y diestro en aritmética, calcula peor que habitualmente. Su maestro, en lugar de reprenderle, presintió obedecería ello a alguna razón particular y trató de captarse su confianza, después de lo cual, durante un